

Pero no dejaba de parecer extraño que tantas acusaciones y quejas se acumularan de repente, cuando sobre tales y tamañas injurias se había guardado silencio durante ocho meses de negociaciones. Y es tanto más notable la resolución, cuanto que coincidía con un escrito dirigido desde París al ministro español (principios de mayo, 1779) por el embajador conde de Aranda, partidario fogoso de la guerra, en el cual proponía, para el caso en que se agotasen todos los medios de pacificación, un atrevido plan de campaña (1), sobre la base de reunirse las escuadras francesa y española, que entre las dos compondrían una armada de setenta navíos, que podrían transportar ochenta batallones y cuarenta ó cincuenta escuadrones con la correspondiente artillería y pertrechos, los cuales desembarcarían cerca de Londres; y no pudiendo oponer la Inglaterra sino la mitad de las naves y sobre diez mil hombres de tropas veteranas, el terror que había de producir la invasión perturbaría al rey, al gobierno, al parlamento y al pueblo, y no habría condición á que no accedieran, y dentro de Inglaterra sin otros cañones que los de las plumas se conquistarían Menorca y Gibraltar. El plan era tan grandioso y atrevido como todos los del conde de Aranda, y no es aventurado atribuir á influjo de su escrito y de su empeño en la guerra la resolución que se tomó, y que pareció repentina y no conforme á las anteriores manifestaciones de Floridablanca y del rey.

Tenemos pues á Carlos III abandonando otra vez el sistema de neutralidad, con tanta constancia y tanta gloria sostenido por su hermano Fernando VI y de nuevo comprometido en una lucha con Inglaterra, en unión con Francia, bien que ya no en virtud del Pacto de Familia, que aunque formalmente no abolido, tampoco lo encontramos como en otro tiempo invocado, ni aquella estipulación tenía en Floridablanca, aleccionado por sus fatales frutos, el patrono entusiasta que había tenido en Grimaldi. Lo que había hecho, y continuó haciendo Floridablanca, fué prevenirse para todo evento, así en los preparativos interiores para la guerra que podría sobrevenir, como en las alianzas y tratos con otras potencias, antes y después de tomada la resolución de pelear (2). El mensaje del rey de Inglaterra á las cámaras con motivo de la retirada del embajador español y de la declaración de su gobierno, se publicó por suplemento á la «Gaceta de Madrid» (3), con notas marginales, aclarando ó contradiciendo el contexto de aquel documento.

En honor de la verdad no deja de admirarnos el gusto con que se recibió en España esta declaración de guerra á los ingleses, pues á juzgar por los ofrecimientos que prelados, cabildos, pueblos y particulares hicieron de sus intereses para atender á los gastos y sostenimiento de la lucha, aparece haber sido en su principio casi tan popular como la que se hizo á la misma nación en tiempo de Felipe V. La villa de Alcalá de los Gazules, los pueblos del valle de Salazar de Navarra, los de Sanlúcar de Barrameda y Jerez, se ofrecieron á dar gratuitamente las maderas de sus términos para construcción de buques. Cabildos y ayuntamientos brindaban con gruesas sumas de sus rentas ó propios. Sevilla y Granada, en dos representaciones que dirigieron á S. M., ponían á su disposición

(1) Titulábase este escrito: «Idea para el caso de que la Inglaterra se negase á la mediación de la España, y esta hubiese de tomar otro partido, formada en París á fines de abril de 1779 por el conde de Aranda.»

(2) Excusado es decir que el historiador inglés citado saca argumentos de todos estos preparativos y arreglos para fundar su acusación al gobierno español de haber obrado de mala fe en las negociaciones de mediación, suponiéndolo hecho todo con un designio anticipado. Y así atribuye á este solo fin la amistad de España con Prusia, las gestiones para calmar el resentimiento pasajero de la corte de Viena con la de París con motivo de la disputa sobre la sucesión de Baviera, y el odio de la Rusia á la de Austria, el haber ayudado á Francia á sostener la rivalidad mercantil de Holanda con Inglaterra, el tratado de paz con el emperador de Marruecos, y el ajuste amistoso con Portugal. A todo le da una sola significación y un propósito único, aunque algunas de aquellas transacciones fueran completamente ajenas á la cuestión de la América del Norte.—William Coxe, cap. 71 de su historia.—Nosotros podríamos confirmar también con nuevos datos los antecedentes que en impugnación de aserto tan absoluto hemos sentado.

(3) Del 2 de julio de 1779.

sus personas y caudales y los de sus ayuntamientos. El consulado y comercio de Cádiz armaba á sus expensas veinte navés para el corso. El marqués del Vado, vecino de Málaga, ponía á los piés del rey su persona, su familia y todos sus bienes. El marqués de San Manceb de Arás, el coronel don Manuel Centurion, don Juan Antonio de los Heros, diputado de los Cinco Gremios mayores, daban el ejemplo, seguido después por muchos, de aprontar con el mayor desprendimiento, el uno un donativo de centenares de olmos de su hacienda, el otro de cien mil arrobas de vino de su cosecha, con mil reses vacunas, el otro una cantidad de trescientos mil reales, el otro un legado de treinta mil ducados, y así otros á este tenor, todo con destino á los gastos de la guerra. Y hasta las damas gaditanas pedían permiso para armar y mantener á su costa un navío de gran porte para hacer corso contra los enemigos (4). Iguales ó parecidas ofertas siguieron haciéndose en lo sucesivo por ciudades, villas, corporaciones y particulares de todos los estados y clases de la sociedad (5).

Una vez resuelta la guerra, conviñose en que se reunirían las escuadras francesa y española para comenzar la campaña. Componíase aquella de treinta y dos navíos de línea, de treinta y cuatro la española, con igual número de fragatas de una y otra parte: no pasaba de treinta y ocho la del almirante inglés Hardy, y no en el mejor estado, diseminados sus buques por todos los mares (6). Pocas eran también las tropas disponibles de Inglaterra, y estas en su mayor parte compuestas de milicias y reclutas, mientras que en las costas de Francia se reunía un ejército de cincuenta mil hombres con suficientes buques de transporte. No era fácil á la Inglaterra poder resistir á las dos naciones aliadas, y el temor de un desembarque traía azorado á todo el pueblo británico, quebrantado también por intestinas discordias. Desde el puerto de Brest se hizo á la vela el almirante francés Orvilliers con sus treinta y dos navíos en dirección á las costas de España. Debía incorporarse en el Ferrol con una flotilla don Luis de Arce, mas el marino español no lo hizo, alegando primero serle contrarios los vientos, y disculpándose más adelante con ciertas dudas sobre cuestión de preeminencia en el mando. Dirigióse entonces el almirante francés á Cádiz, donde le esperaba el teniente general don Luis de Córdoba con mas de treinta navíos de línea, y bastantes fragatas y buques menores, y por último se le agregó la pequeña escuadra del Ferrol, con lo que partió toda la armada reunida para el canal de la Mancha.

«Jamás, dice un historiador inglés, desde los tiempos de la famosa *Armada Invencible*, se habían visto las islas Británicas amenazadas por una expedición tan formidable, y rara vez estuvieron menos preparadas para sostener una guerra marítima.» Y en efecto, al decir de otro historiador extranjero, el abastecimiento de las plazas marítimas se había descuidado de tal modo, que al aparecerse la escuadra combinada (agosto, 1779) no había en el puerto de Plymouth ni balas de cañón, ni piedras de fusil, ni municiones, «y si hubiera sido cañoneada habría tenido necesariamente que capitular.» Opinión era de los españoles apresurar el desembarque, antes que los ingleses se repusieran del susto, y sin darles tiempo á prepararse á la resistencia. Pero fuese que el almirante francés tuviera el pensamiento de destruir antes la escuadra inglesa, ó que se propusiera solamente entretener las fuerzas de la Gran Bre-

(4) Gaceta de 17 de agosto de 1779.

(5) En la Gaceta de 3 de setiembre se puede ver los que hicieron las ciudades de Murcia, Alicante, Cuenca y otras, la Real Maestranza de Granada, un inquisidor de Zaragoza, un vecino de Arenas de San Pedro, etc.—La del 17 contiene los ofrecimientos de Burgos, Valencia, Trujillo y Marbella, los del ayuntamiento, vecindario, comerciantes y operarios de Barcelona, los de los marqueses del Castillo de Torrente, de Campo Real, de Sollerich, etc.—Así por este orden las sucesivas.

(6) Leemos en la Gaceta de Madrid de 17 de agosto la siguiente curiosa noticia acerca de las fuerzas marítimas de Francia é Inglaterra: «Cotejado, dice, el estado actual de la marina real británica con la francesa respecto del que tenían entre sí á principios de la última guerra, resulta que entonces (en setiembre de 1775) la inglesa consistía en 243 velas (que eran 140 mas que la enemiga), y ahora al contrario la francesa consta de 135, que son 53 mas que la británica, cuya superioridad se hace formidable, atendida su unión con las fuerzas respetables de España.»

taña para que no pudiera acudir á la guerra de América, el resultado fué que después de cruzar ostentadamente por delante de Plymouth, los impetuosos vientos de Levante obligaron á los aliados á navegar la vuelta de las Sorlingas, á cuya vista permanecieron sin poder evitar que la escuadra inglesa de Hardy, tan inferior en fuerza, entrara en el estrecho, y sin poder utilizar su superioridad: de modo que cuando quisieron perseguir á Hardy, aun forzando velas no pudieron impedirle ganar el puerto de Spithead y ponerse á salvo. La pérdida de un tiempo tan precioso, el miedo á la proximidad de las tempestades equinocciales, las enfermedades que la mala calidad de los comestibles y el desaseo de los buques produjeron en tripulantes y soldados, en términos de llegar ya á doce mil los enfermos, la cuarta parte españoles, obligaron á unos y otros á regresar á Brest (12 á 14 de setiembre, 1779), en un estado de lamentable deterioro, sin otro trofeo que la captura del navío *Ardiente* de sesenta y cuatro cañones, y eso porque su capitán se metió por equivocación entre la escuadrilla ligera francesa. Tan deterioradas llegaron las escuadras, que pasaron meses antes que pudieran volver á salir al mar (1).

Desde este revés no pudo ya haber buen acuerdo entre las dos naciones aliadas, y esta falta de armonía, oculta bajo una aparente fraternidad, fué en aumento con motivo de negarse Francia á prestar su apoyo para la recuperación de Gibraltar, de Menorca, de la Florida, y para la invasión de la Jamaica. Había en efecto Carlos III, de cuya mente no se apartaba nunca el pensamiento de la reconquista de Gibraltar, dispuesto desde fines de julio el bloqueo por mar y tierra de aquella importantísima plaza. Mandaba las fuerzas navales el veterano y célebre marino don Antonio Barceló; las de tierra, que ascendían á cerca de catorce mil hombres, el teniente general don Martín Alvarez y Sotomayor. Defendía la plaza lord Elliot, conocido por su serenidad imperturbable, con menos de dos mil soldados. En apuro tenían ya los españoles la guarnición inglesa, y para impedir los socorros que el almirante Rodney se preparaba á llevar á los sitiados, cruzaba el estrecho con once navíos el jefe de escuadra don Juan de Lángara. A mayor abundamiento se convino entre las dos cortes que se destinarían cuarenta navíos de los de Brest, mitad españoles, mitad franceses, á interceptar el paso á la escuadra inglesa de Rodney. A activar este plan y combinar las operaciones pasó á Brest el conde de Aranda desde París. El proyecto estaba bien trazado, y el éxito no habría sido dudoso sin una serie de contratiempos que rápidamente se sucedieron.

Contra los cálculos y datos de Floridablanca, obtenidos por el de Almodóvar del mismo almirantazgo inglés, suministráronse á Rodney mas de veinte navíos en vez de doce que se creía, con los cuales cruzó por delante de Brest antes que la escuadra combinada estuviera lista y en estado de servir para la nueva empresa. En las costas de España encontró y apresó un convoy de quince velas (8 de enero, 1780), que escoltaba por un navío de sesenta y cuatro cañones y cuatro fragatas equipadas por la Compañía de Caracas, había sido expedido de San Sebastian á Cádiz, con gran cantidad de víveres y de provisiones para la marina. Ni uno solo de estos buques pudo salvarse, y aquella importante presa fué el preludio de mayores contratiempos para los españoles.

En tan críticos momentos, cuando la escuadra de bloqueo de don Juan de Lángara, obligada á tomar puerto en Cartagena para repararse de sus averías, pudo volver á su destino, y cuando la de Galicia que mandaba don Luis de Córdoba había tenido que retirarse á Cádiz después de padecer mucho en la travesía, soplando furioso el viento y en medio de una cerrada y tenaz llovizna, hallóse Lángara impensadamente sorprendido por la escuadra de Rodney entre Cádiz y el cabo de Santa María, avanzando las naves inglesas como en media

(1) «Relación de la campaña de mar del año de 1779, escrita por Mr. Rosch.—Memoria del conde de Floridablanca.—Adolphus, Historia de Jorge III.—Beccatini, Vida de Carlos III.—Fernán Núñez, Compendio.—Extracto de las ocurrencias diarias en la armada del Excmo. señor don Luis de Córdoba, en la campaña de 1779 contra Inglaterra.—Gaceta extraordinaria de Madrid de 8 de setiembre, y las ordinarias del mismo mes.

luna para rodear las suyas (16 de enero, 1780). Borrascoso el tiempo, alterado el mar, próxima la noche, y muy superior en fuerzas el enemigo, mandó Lángara volver proas hacía el puerto con acuerdo de los jefes de los demás buques. Adelantáronse y se alejaron los mas veleros; mas siguiéndole Rodney, á quien el viento favorecía, y viendo inevitable el combate, se aprestó á sostener con los pocos que le quedaban una heroica lucha, que heroica fué por cierto. Empezó esta á las cuatro de la tarde, y duró ocho horas en medio de una horrosa tempestad y de una noche profundamente oscura. En el principio de la acción una llamarada alumbró de pronto el navío *Santo Domingo* de sesenta y cuatro cañones, que había perdido el palo mayor por un golpe impetuoso de viento: á los pocos instantes el navío desapareció sumergido en las olas. Fuerzas triplicadas inglesas cargaron entonces sobre cada uno de los buques españoles: el *Princesa*, el *Diligente*, y á su ejemplo los demás, se defendieron maravillosamente cada uno contra tres ó cuatro navíos enemigos. Cuatro rodearon y embistieron el *Fenix*, que montaba Lángara, y mas de seis horas se defendió vigorosamente este valeroso marino, hasta que perdido el palo mayor y el de mesana, herido él mismo en la cabeza y en un muslo, perdido el sentido por algunos instantes, hallóse rendido y prisionero. Diez horas resistió á ataques igualmente rudos el *San Julian*, último que se rindió, herido su jefe el marqués de Medina no menos lastimosamente que Lángara.

Pero un incidente extraño hizo que este valeroso capitán hiciera prisioneros á los mismos que le apresaron á él. Los oficiales y marineros ingleses del *Real Jorge* que se apoderaron de su navío, se vieron tan perdidos en aquella noche terrible sin conocimiento de la costa, que tuvieron que apelar al experimentado marino español para que los sacara á salvo de situación tan apurada. El marqués puso por condición que se habían de salvar sus prisioneros, á lo cual ellos accedieron á trueque de halvar sus naves y sus propias vidas. De esta manera entraron en Cádiz los navíos *San Julian* y *San Eugenio*, llevando los vencidos prisioneros á sus mismos vencedores. Todos los capitanes, dice el historiador inglés, sostuvieron con denuedo el honor de la bandera nacional, pero nada pudo compararse á la defensa del general en jefe. Rodney y todos sus oficiales colmaron de elogios á Lángara y á la oficialidad española; y Carlos III, á pesar de la derrota, comprendiendo todo el mérito de aquella brillante defensa, ascendió á Lángara al empleo de teniente general, al de jefe de escuadra al brigadier don Vicente Doz, á los demás á los grados inmediatos, y otorgó pensiones vitalicias á las familias de los que perecieron en el *Santo Domingo* (2).

Dueño Rodney del estrecho, socorrió á los sitiados de Gibraltar, malográndose de este modo otra vez el siempre malhadado cerco de aquella fortaleza, envió cuatro navíos con refuerzos y víveres á Menorca, despachó otros á cargar de granos y ganados en Berbería, y reparó todos sus buques, incluso los españoles apresados.

A pesar de lo dolorosa que fué esta desgracia á Carlos III, no por eso desmayó su espíritu, que siempre el monarca español había hecho ver al mundo, como dice un historiador italiano, que nunca se mostraba mas firme que después de los infortunios. A reparar las consecuencias de aquel desastre se consagraba él y sus ministros. Lo que hizo fué negarse á cooperar con Francia á otra expedición contra Inglaterra, y dar orden á su escuadra para que no se apartara de las costas de la Península. Y con razon: porque al modo que á los principios de febrero se presentó ya en las aguas de Cádiz don Miguel Castro con veinte navíos españoles de los de Brest reparados, y con solos cuatro franceses, bien pudieran haber estado dispuestos otros tantos de los de aquella nación, y juntos habrían podido batir á Rodney, cuando de Gibraltar hizo rumbo para las Indias Occidentales. Allí envió también Carlos III para asegurar sus posesiones del Nuevo Mundo al

(2) Relación del combate del día 16 de enero de 1780, hecha por el marqués de Medina, comandante del navío *San Julian*.—Parte del almirante Rodney sobre el combate con Lángara.—Beccatini, Vida de Carlos III, libro IV.—Gaceta del 25 de enero de 1780.

jefe de escuadra don José Solano, con doce navíos de línea y ocho fragatas, escoltando un convoy de cuarenta y dos embarcaciones, con el cual se dió á la vela desde Cádiz (28 de abril, 1780). Que ya el ejemplo de las colonias anglo-americanas comenzaba á hacerse sentir en las españolas. Solano logró llegar sin tropiezo burlando la vigilancia de Rodney que intentaba cortarle el paso, y allá se incorporó con el almirante francés Guichen cerca de la Dominica.

Dijimos que meditaba el gobierno español cómo reparar las consecuencias del desastre de Lángara, y no tardó en presentarse á Floridablanca una ocasión de vengarse de los ingleses. Con noticia que tuvo por conducto confidencial de que dos flotas con víveres y mercancías para las dos Indias, estaban á punto de salir de Inglaterra escoltadas por una pequeña fuerza, concibió el proyecto de apresárselas al separarse á la altura de las Azores; y como á la sazón desempeñara interinamente el ministerio de Marina, escribió de su propio puño y trasmitió por expresos despachados á la ligera órdenes reservadas y apremiantes para que don Luis de Córdoba que cruzaba entre el Estrecho saliera con su escuadra á darles caza. Partió pues Córdoba á todo trapo con el ansia de agarrar la presa, y la fortuna coronó sus deseos y los del ministro cumplidamente. A la primera hora de la mañana del 9 de agosto (1780), cuando descuidadamente navegaban á la dicha altura del mar las flotas británicas, no sospechando siquiera que pudieran andar por allí navés españolas, encontráronse envueltas y encerradas por diez y seis navíos. Sorprendidas con tan inesperada aparición, no tuvieron tiempo para revolverse, y ambos convoyes, compuestos de mas de cincuenta embarcaciones, cayeron enteros en poder de los navíos de España, salvándose solo con trabajo un navío y dos fragatas de la escolta, el *Ramilliers*, la *Tetis* y la *Southampton*. Soldados, tripulaciones, armamentos, vestuarios, víveres y mercancías, todo cayó en poder de los españoles. Calculóse en un millón de duros el valor de lo apresado. «Jamás, dice un escritor inglés, había entrado tan rica presa en el puerto de Cádiz.» Su importancia subía de punto por el apuro y miseria en que habían de verse los establecimientos ingleses de las Indias á que iba destinada (1).

Con tanta celeridad se comunicaron á América los avisos de haber sido declarada la guerra, que pudieron comenzar allí las hostilidades aun antes que en Europa. En el momento que los franceses y los norte-americanos ocupaban las fuerzas de la Gran Bretaña, el gobernador interino de Campeche don Roberto de Rivas Betancourt destacó desde Bacalar dos expediciones (1779), con objeto de destruir y aniquilar, como lo hicieron, los establecimientos y rancherías de los ingleses en Río-Hondo y Río-Nuevo, derribando las casas y teniendo que refugiarse á la Jamaica las familias. El de la Luisiana, don Bernardo de Galvez, invadió con menos de dos mil hombres la Florida Occidental, y despues de reconocer la independencia de América subió por el Missisipi, y se apoderó de un fuerte á orillas del Iberbille (7 de setiembre, 1779). Siguiendo el río hasta Natchez, tomó igualmente, aunque con algun mas trabajo, las fortalezas y las guarniciones de Baton-Rouge y de Paumure. Guarnecidos estos tres puntos, dió la vuelta á Nueva Orleans, con objeto de esperar la buena estación para continuar sus operaciones de concierto con el gobernador de la Habana. Desde allí tuvo maña para saber atraerse hasta diez y siete caciques y cerca de quinientos guerreros de la tribu de los chactas, la mas numerosa y temible de la Florida Occidental, que oportunamente agasajados por él, dejaron las insignias inglesas por las medallas españolas.

Luego que Galvez pudo contar con los refuerzos de la Habana, embarcó sus tropas en Nueva Orleans, y remontando otra vez el Missisipi (enero, 1780) dirigióse á la bahía de Mo-

(1) Parte de don Luis de Córdoba, en la Gaceta de 29 de agosto de 1780.—Memorial del conde de Floridablanca presentado á Carlos III y repetido á Carlos IV.—Beccatini, Vida de Carlos III, lib. IV.—William Coxe, España bajo los Borbones, cap. 71.—En la relacion que envió don Luis de Córdoba se expresan los nombres de las fragatas, bergantines y paquebotes apresados, en número de 52, con el cargamento de cada nave, y el número de hombres y mujeres, así de tropa, como de equipaje y pasajeros.

bile, cuya ría pudo ganar á duras penas, sufriendo sus buques terribles averías á causa de haber tenido que luchar con fuertes vendavales y tormentas: ochocientos hombres fueron arrojados á las playas de una isla desierta, sin abrigo y sin recursos de ningún género: todo lo sobrellevaron con una firmeza de ánimo maravillosa los españoles. De los despojos de los buques perdidos, mandó hacer el impertérrito Galvez unas escalas para asaltar el fuerte de Mobile. Mas por fortuna le llegaron cuatro buques de socorro de la isla de Cuba, con lo cual pudieron, reanimados todos, emprender en otra forma y con mas confianza el sitio y ataque de la fortaleza (febrero, 1780). A pesar de la vigorosa resistencia que encontraron, tuvo que rendirse Mobile por capitulación (14 de marzo), quedando la guarnición prisionera, y llegando tarde el general inglés Campbell, comandante general de la provincia, que acudia con mas de mil hombres en su socorro.

Trascurrieron algunos meses en refriegas y combates parciales, y en preparar las cosas para otro proyecto que Galvez tenía, á saber, la sumisión de Panzacola, capital de aquel territorio. Al efecto pasó á la Habana de donde se hizo á la mar con cinco fragatas y siete navíos (octubre, 1780), pero otro temporal deshecho dispersó la flota, perdió sus principales buques, y tuvo que regresar á aquel puerto. En esta situación la llegada de don José Solano, de cuya expedición hablamos arriba, le deparó ocasión y medios de rehacerse para la prosecución de su propósito. De nuevo se hizo á la vela el intrépido Galvez con cinco navíos de línea, otros quince buques que le seguían á alguna distancia, y mil trescientos quince soldados (28 de febrero, 1781), con los cuales á los pocos días se puso á la embocadura del puerto de Panzacola. Venciendo dificultades emprendió el ataque de la plaza por mar y tierra.

Ibanle refuerzos de Mobile y de Nueva-Orleans; de este último punto hasta diez embarcaciones, con que pudo interceptar toda comunicacion entre la plaza y el castillo. Sin embargo, hacíanle las baterías enemigas un fuego terrible: dos heridas recibió el caudillo español, acacimimiento que consternó al pronto sus tropas, pero que él sufrió imperturbable sin abandonar su puesto. Grande alegría experimentaron los sitiadores al ver aparecerse inopinadamente don José Solano con once bajeles y correspondiente dotacion de tropa. Con esto aceleró el gobernador de la Luisiana las operaciones del cerco y redobló los ataques. Un obús estalló en los almacenes de pólvora ingleses, causando la muerte á mas de cien hombres de la guarnición. Este accidente bastó á decidir de la suerte del sitio. Aprovecháronse los nuestros de la confusion y aturdimiento que esto produjo en los enemigos, para establecerse en los muros y obras inmediatas, y desde entonces los ingleses no pensaron sino en capitular. La guarnición, compuesta de ochocientos hombres, ingleses, indios y negros, salió con los honores de la guerra, el general Campbell y el almirante Chester quedaron prisioneros, y el 10 de mayo de 1781 tomaron los españoles posesion de la plaza. Con la rendición de Panzacola quedó sometida toda la Florida. El valeroso jefe de esta gloriosa expedición recibió del rey el título y merced de conde de Galvez, y el nombramiento de capitán general de la Florida y la Luisiana (2).

No con menos decision que don Bernardo de Galvez emprendió las hostilidades contra los ingleses, tan pronto como supo la declaracion de guerra. su padre don Matías, presidente de Guatemala, y hermano del ministro de Indias. Como tuviese noticia de que los ingleses se habían apoderado del castillo de San Fernando de Omoa (20 de octubre, 1779) en la bahía de Honduras, marchó á rescatarle con las pocas tropas veteranas y las milicias que pudo reunir, y con algunos negros esclavos y gente condenada á presidio, y empleando alternativamente la estratagemas, el valor y la anenanza, no había acabado noviembre cuando ya estaba en su poder el castillo. Con los socorros que luego recibió de Cuba y de Nueva España dedicóse, no solo á impedir nuevas invasiones de ingleses en las colonias españolas, sino á destruir los establecimientos británicos del golfo de Honduras, que muchos fue-

(2) Partes oficiales en las Gacetas de Madrid de 1781.—Reales cédulas de Carlos III.—Beccatini, lib. IV.

ron destrozados por dos destacamentos que envió al intento, ahuyentando de paso á las montañas los indios enemigos de los españoles (abril, 1780). A la provincia de Nicaragua se encaminó despues Galvez apresuradamente, pero á pesar de su celeridad no llegó á tiempo de impedir que se rindiera á los ingleses el castillo de San Juan, que defendía con un puñado de valientes don Juan de Aysa. Lo que hizo fué estorbar á los enemigos el paso al mar del Sur, limpiar de ellos algunos puntos y destruirles algunas rancherías. Doliáse mucho ver en poder de ingleses el castillo de San Juan de Nicaragua, y no paró hasta recobrarle (5 de enero, 1781). Y por último al año siguiente (1782) se volvió á Guatemala despues de haber rendido algunas otras fortalezas enemigas, y dejado la bahía de Honduras limpia de ingleses. Virey de Nueva-España le nombró el rey en premio de tan importantes servicios.

Tales fueron las principales operaciones militares en que tomaron parte los españoles en la cuestion anglo-americana, hasta que comenzaron las negociaciones de otro género.

Tampoco en la guerra con sus colonos y con los franceses había llevado la Inglaterra la mejor parte, bien que los reveses y los triunfos solian alternar como en toda lucha. En 1779 los franceses se apoderaron de las islas de San Vicente y Granada, despues de lo cual se volvió á Francia el almirante Estaing, dejando allí tres flotas mandadas por Grasse, La Motte-Pique y Vandreuil. En cambio el general inglés Mathews devastó completamente la Virginia, incendiando y talando, y no dejando en pos de sí sino ruinas, cenizas y sangre. Washington se mantenía en West-Point, que se consideraba como el baluarte de que dependían los destinos del país. Al año siguiente con la ida del almirante Rodney despues de haber socorrido á Gibraltar, mudó de semblante la guerra de América, mostrándosele propicio á los ingleses. Cayó en poder de sir Enrique Clinton la importante plaza de Charleston con siete mil prisioneros y cuatrocientos cañones, el terror se apoderó del país, y toda la Carolina del Sur se sometió á los ingleses. Lord Cornwallis, que quedó guarneciendo á Charleston, se mostró desapiadadamente cruel con prisioneros y habitantes, haciendo multitud de víctimas en los cadalsos, lo cual acabó de provocar el odio de los americanos, que no dejaban de tomar represalias siempre que encontraban ocasión. Habían estos afogado en la guerra por un exceso de confianza en los auxilios de Francia y España; entró la indisciplina y la desercion en el ejército de las colonias: la defeccion del general americano Arnold, que tan grandes servicios había hecho á la causa de la independencia, fué tambien un golpe fatal para Washington, que por otra parte, á pesar de sus esfuerzos, tenía que sufrir las fatales consecuencias de la manera de reclutarse el ejército americano, porque siendo corto el plazo del empeño en el servicio, y no habiendo consideracion capaz á detener á los soldados en las filas, cumplido que fuera aquel, veíase el general en jefe en la necesidad de mandar cada año un ejército nuevo, con todas las desventajas de capitanear siempre soldados bisonos. Al fin su íntimo amigo el general Greene tomó á su cargo reorganizar el indisciplinado y semidesnudo ejército de la Carolina, y un refuerzo de doce mil franceses al mando de Rochambeau llegó oportunamente á realentar á los caudillos de las colonias.

Mucho les favoreció tambien la declaracion de guerra que por aquel tiempo se hizo entre Inglaterra y Holanda; porque eran ya tres potencias europeas las que entretenían en Europa y en América las fuerzas navales de la Gran Bretaña. Resultado de aquella declaracion fué el encarnizado y famoso combate marítimo que se dió entre las escuadras inglesa y holandesa en el mar Báltico á la altura de Dogger-Bank (agosto de 1781), combate espantoso, en que los navíos se acercaron en el mas imponente silencio sin disparar un cañonazo hasta pelear casi cuerpo á cuerpo, y en que unos y otros se separaron con pérdida igual, desmantelados y rotos los navíos que no se sumergieron de ambas naciones. En América tomó Rodney á los holandeses San Eustaquio, pero Grasse le reconquistó para ellos: Washington tuvo que aplacar con su prudencia y con su firmeza y el influjo de su prestigio una sublevacion de americanos en la Pensilvania. Su compañero y amigo Greene volvió las dos Carolinas á la confederacion; y sobre todo,

lo que hizo cambiar el aspecto de la lucha en favor de los anglo-americanos fué el célebre triunfo de Washington sobre el inglés Cornwallis en York-Town (octubre, 1781), en que hizo prisionero al mismo Cornwallis con todos sus oficiales, seis mil hombres de tropas disciplinadas y mil quinientos marinos. Ofreció Washington la espada del general inglés primeiramente al conde de Rochambeau, y despues al jóven y ya célebre Lafayette, mas ni uno ni otro la aceptaron, diciendo que le pertenecía á Washington, pues ellos no eran sino simples auxiliares suyos. El triunfo de York-Town fué el que decidió la suerte de la guerra de América, y el preludio de la emancipacion definitiva de los Estados Unidos (1).

CAPITULO XIV

Negociaciones para la paz.—La neutralidad armada

DE 1779 Á 1781

Origen de estos tratos.—Comunicaciones del comodoro Johnstone al gabinete de Madrid.—Comision dada por Floridablanca al irlandés Hussey.—Pláticas de este con los ministros ingleses.—Venida de Hussey á Madrid, y conferencias con Floridablanca.—Cuestion sobre la base de la devolucion de Gibraltar.—Regreso de Hussey á Londres.—Proposiciones del gobierno británico al español.—Dicho célebre de lord Stormond.—Carta de Hussey á Floridablanca.—Respuesta de este ministro.—Venida de Cumberland á Madrid.—Insistencia de Floridablanca en exigir como condicion preliminar la restitucion de Gibraltar.—Retirada del agente inglés.—Cesa la negociacion.—Proyecto de un convenio de *Neutralidad armada* entre las naciones europeas.—Causas que le hacían necesario.—Parte principal que en él tuvo el gobierno de España.—Pónese la emperatriz de Rusia al frente de las potencias neutrales.—Declaracion solemne.—Adhesion de España, Francia, Dinamarca, Suecia, Holanda y otras potencias á la *Neutralidad armada*.—Aislamiento de Inglaterra.—Escasos resultados de esta confederacion.—Impavidez heroica de la Gran Bretaña.—Continuacion de la guerra.

En medio de las operaciones de la guerra en uno y otro hemisferio no había dejado de tratarse de paz en Europa, señaladamente entre los gabinetes de Londres y de Madrid. Principio de estos tratos fué una comunicacion que en Madrid se recibió del comodoro Johnstone, que mandaba la estacion inglesa en Lisboa, indicando que el ministerio presidido por lord North no tendria inconveniente en hacer el sacrificio de desprenderse de Gibraltar á trueque de restablecer la amistad con España (octubre, 1779). La proposicion merecia ser tomada en consideracion, y así el conde de Floridablanca, con anuencia de Carlos III, escribió reservadamente al clérigo irlandés Hussey, capellan del monarca español, y de la comitiva del conde de Almodóvar, que se había quedado en Londres, encomendándole insinuara al gobierno inglés que tambien había igual disposicion por el de España, aun á costa de alguna compensacion por lo de Gibraltar. Trasmitió aquel eclesiástico la propuesta á lord North y á lord Germaine, ministro este último de la Guerra y de los negocios de América, por medio de su secretario particular Cumberland. Propiciamente la oyeron ambos ministros; y como en la situacion desfavorable que á la sazón tenía para ellos la guerra de los Estados Unidos esta negociacion podia producir por lo menos desconfianza entre las cortes de Madrid y de Paris, creyeron conveniente proseguirla, y persuadieron á Hussey á que so pretexto de negocios personales viniese á Madrid á promover el restablecimiento de las buenas relaciones entre ambas potencias, pero prohibiéndole hacer promesa alguna relativa á Gibraltar (2).

Vino en efecto Hussey á Madrid (29 de diciembre, 1779), y celebró varias conferencias con Floridablanca. En ellas mani-

(1) Historias de Inglaterra, de Francia y de Holanda.—Robertson, Historia de América.—Memoria del conde de Floridablanca.—Partes oficiales y noticias insertas en las Gacetas del tiempo.

(2) La carta, especie de credencial, que le entregó lord Germaine, estaba escrita en este sentido, y como suponiendo que aprovechaba la ocasión de venir Hussey á Madrid á asuntos propios para confiarle este negocio, atendidas sus buenas relaciones en esta corte. Insértala William Coxe (cap. 72 de su Historia), que conoció la correspondencia que medió en esta negociacion.